





Estado actual de la casa donde nació Juan Pablo Duarte, el 26 de enero de 1813.



ICA en acontecimientos graves e insólitos, la historia patria registra en casi todas sus páginas el nombre de alguna entidad política de las muchas que en ellos han representado papeles sobresalientes, ofreciendo de este modo a la contemplación del mundo imparcial un cuadro interesante formado por el desapacible conjunto de tipos tan variados en su forma, como han sido distintos en su género los hechos en que fueron actores y de los cuales derivaron su importancia.

Patriotas verdaderos los unos, brillan por los rasgos de abnegación y desinterés con que aparece embellecida su carrera; vacilantes los otros, se distinguen por el heroísmo y la bizarría que les sirvió de noble credencial para elevarse; sabios estos, llaman la atención por la habilidad y el tino con que intervinieron en la buena marcha de los asuntos públicos; honrados aquellos, descuellan por la sinceridad y la buena fe que pusieron al servicio de los intereses generales; ambiciosos aquestos, resaltan por los daños que ocasionaron a la sociedad y los escándalos con que vejaron el rostro de la patria; y traidores esotros, que se presentan a los ojos de

la posteridad afeados por las manchas que con mano aleve arrojaron sobre los timbres nacionales, sin calcular que deslustraban y envilecían sus propios timbres.

Pero entre todos los personajes esclarecidos que sirven de adorno a la diadema de las glorias patrias, asoman más de relieve que los otros, cuatro figuras culminantes, cuatro caudillos afortunados que, por el asombroso ascendiente que tuvieron sobre las masas populares, no menos que por la influencia y soberanía que ejercieron sobre los destinos del país, pueden ser considerados como los astros más resplandecientes que hasta hoy han relucido en el cielo siempre esplendoroso de Quisqueya: estos varones singulares son, el brigadier don Juan Sánchez Ramírez, el licenciado don José Núñez de Cáceres, el general Pedro Santana y el ilustre prócer JUAN PABLO DUARTE.

Apegado el primero a las nobilísimas tradiciones de la patria originaria, ve en la cesión de la parte española de la isla a los franceses un acto de desnacionalización insoportable, y, abrogándose la arriesgada misión de unificar el pensamiento de sus conciudadanos en el sentido de restaurar los derechos perdidos, prefiere al deslumbrante título de fundador de la nacionalidad dominicana, el más modesto de caudillo de la Reconquista, y devolviendo a la corona de Castilla el diamante de que ingrata se había en mal hora desprendido, cambia la faz política de Quisqueya para someterla de nuevo al régimen colonial, régimen opresivo de que ya los demás pueblos americanos pensaban emanciparse.

Inspirándose el segundo en las ideas de libertad e independencia proclamadas por Bolívar, en la América del Sur, quiere sacar a su patria de los escollos de la dominación colonial, y corriendo en pos del ideal de la autonomía política, decide a sus conciudadanos a expulsar el León de Castilla para guarecerse bajo la sombra de la bandera colombiana; pero el éxito de la obra no corresponde a sus deseos, y la transformación política llevada a cabo en Quisqueya da como último resultado una

esclavitud ominosa; los veintidós años de la dominación haitiana.

Vaciado el tercero en el molde en que la ambición fabrica los usurpadores y los tiranos, consigue a consecuencia de una vida pública agitada y emprendedora, llegar a ser dueño y árbitro absoluto de los destinos del pueblo dominicano; pero ofuscado por el egoísmo, esa pasión infernal que convierte a los hombres en seres irracionales, prefiere al noble título de Libertador de la Patria, el menos honroso de Marqués de las Carreras, y destruyendo la obra de cerca de cuatro lustros de sacrificios heroicos, arrebatada a sus conciudadanos a la autonomía nacional que con la sangre de gran número de víctimas habían conquistado, para uncirlos de nuevo a la coyunda del régimen colonial; hecho incalificable que sirviendo de origen a muchas calamidades políticas y sociales, hizo necesaria una nueva y costosísima cruzada: la guerra laboriosa de la Restauración.

Mejor inspirado el último, porque a la luz del saber unía la que le daba la experiencia del malogrado éxito de los trabajos de Sánchez Ramírez y Núñez de Cáceres, concibe en hora feliz la idea separatista que había de transformar un pueblo esclavo en nación libre e independiente, y comunicándola a un puñado de jóvenes esclarecidos, tiene la fortuna no sólo de que cunda con rapidez en todos los gremios sociales, sino también la de que prendiendo como una buena semilla en campo bien abonado, dé a su debido tiempo como sazonado fruto la aparición de la República Dominicana; creación fecunda en beneficios de todo género para la familia quisqueyana, que a la sombra de ella entró por primera vez en el pleno goce de las ventajas incalculables que proporciona la autonomía política a los pueblos que de ella saben hacer un uso moderado.

Por eso no creemos aventurado considerar la gloria de JUAN PABLO DUARTE como más imperecedera que la de los demás caudillos dominicanos, entre los cuales ocupa

indisputablemente el primer término, si no por la superioridad de sus dotes materiales e intelectuales a lo menos por la mayor importancia de su obra, cada vez más estable y permanente, y por lo grandioso de la augusta misión para que nació predestinado, que no otra cosa indica la circunstancia, por demás elocuente, de haber sido don Juan Duarte, su honrado padre, el único español que obedeciendo, no a los mandatos de la imparcialidad, sino a un presentimiento extraño e inexplicable, se negara a poner su firma al pie de la manifestación imprudente que dictó a la colonia peninsular el deseo de verse libre de la dominación de los insurgentes, como en su encono llamaban a los colombianos; documento histórico de que se sirvió el presidente Boyer para justificar con las apariencias de un llamamiento espontáneo, el acto inicuo de ocupación de la parte española que desde su ingreso al poder venía premeditando.

Fruto de bendición del enlace de ese hombre desapasionado y previsor con doña Manuela Díez, mujer de altas prendas morales y de virtudes acrisoladas, nació el esclarecido prócer en la ciudad de Santo Domingo el 26 de enero del año 1813, época en que ya la incertidumbre sobre sus futuros destinos comenzaba a tener intranquila a la familia quisqueyana, que mal avenida con los resultados contraproducentes que había dado la reconquista, sentía falsear las bases de su tradicional fidelidad a la administración española; y seducida por lo que tenían de encantadoras las ideas de independencia y soberanía que germinaban en Venezuela, se iba inclinando a buscar en la revolución el remedio de los muchos males que la aquejaban.

La afición que desde muy temprano demostró DUARTE por los estudios, despertando en sus padres grandes esperanzas, los indujo a mirar con seriedad el importante asunto de su educación; y ya fuera porque las disposiciones naturales que para las letras le fueron descubriendo le inspirara el deseo de aprovecharlas, o ya

porque un secreto presentimiento los impulsara, sin advertirlo, a concederle los favores de la predilección, es lo cierto que el esmero que tuvieron con él y los sacrificios que hicieron por ponerle en camino de instruirse en diferentes ramas del saber humano, no alcanzaron ni con mucho a sus demás hermanos: fenómeno, si puede llamarse así, que como una misteriosa coincidencia se advierte también en los padres del egregio Sánchez, que habiendo producido cinco o seis varones, atinaron a educar con marcada preferencia a aquel a quien el destino tenía señalado para desempeñar el envidiable papel de héroe de la Puerta del Conde.

Comenzando estaba apenas el futuro prócer a hacer en los bancos de la escuela primaria los estudios preliminares que habían de servirle de base para entrar a su debido tiempo en otros más serios, cuando animado el licenciado Núñez de Cáceres por el patriótico deseo de proporcionar a sus conciudadanos las garantías de estabilidad y buen gobierno que ya no podían esperar de la Madre Patria, se decidió a proclamar la independencia de la colonia bajo los auspicios de la gran República de Colombia; pero como causas ajenas a su voluntad malograron la revolución hasta el extremo de haber dado por último resultado la ocupación haitiana de triste recordación, suceso tan inesperado ocasionó entre otros males, la emigración de casi todos los hombres de letras, y la clausura de la célebre Universidad de Santo Tomás de Aquino, centro de saber donde la juventud dominicana iba, desde tiempos inmemoriales, a emparentar en ciencias con las notabilidades de la época.

Este trastorno lamentable, descomponiendo los cálculos que respecto de su educación tenían formados los padres de DUARTE, los obligó a pensar en mandarlo a Europa a continuar sus estudios, proyecto que realizaron tan pronto como sus maestros lo creyeron oportuno, despachándolo para Barcelona, una de las más importantes ciudades de España, donde contaba con parientes cercanos y valiosas relaciones de familia. Y es fama que durante los años que

tuvo de permanencia en aquel foco de ilustración y de trabajo, aprendió la lengua latina con la misma perfección que su propio idioma; dio con marcado provecho un curso completo de filosofía; estudió con fruto las matemáticas puras y mixtas; y en punto a humanidades adquirió conocimientos bastantes para figurar como literato en cualquiera parte, sin contar con el aprendizaje de otras materias de mero adorno que le dieron toda la fisonomía y la cultura de un cumplido caballero.

Coincidiendo la conclusión de sus estudios con el desarrollo de los sucesos políticos que agitaron a la monarquía española durante la menor edad de la reina Isabel II, encontró su espíritu vasto campo para inspirarse en las doctrinas liberales que sirvieron de origen a la forma de gobierno del Estado Real en 1834; de manera que meditando de continuo acerca de la triste situación que atravesaba su patria, esclavizada ignominiosamente a un poderío degradante, los puntos de analogía muy marcados que por lo común existían respecto de las dificultades entre los pueblos fronterizos, le sugirieron en un viaje de observación que hizo a los Pirineos, la patriótica idea separatista que, presentándole claro en la imaginación el horizonte político de Quisqueya independiente, le dictó la noble resolución de ponerla en práctica a su regreso a América, aún a costa, si era necesario, del sacrificio de su vida.

Fiel a este noble propósito, su primer cuidado al llegar a la patria fue buscar la manera de captarse las simpatías de la juventud distinguida, e inspirar confianza a la masa común del pueblo; y encontrando que el camino más derecho para llegar pronto al logro de sus miras, era el de la comunicación espontánea de los conocimientos que poseía a todos los que tuvieran deseo de aprender algo, le ofreció primero su ayuda al presbítero Antonio Gutiérrez, que daba en la sacristía alta de la Reina de los Angeles una clase de latinidad y otra de filosofía, y se brindó después particularmente, a algunos jóvenes visibles para darles

lecciones por separado, ya de matemáticas, ya de literatura, sin desdeñar a la clase pobre, de la cual muchos le debieron las nociones rudimentarias que les sirvieron de pedestal para levantarse a grande altura.

Estos esfuerzos, unidos a las buenas oportunidades que algunos de sus libros, nuevos en el país, le proporcionaron para ponerse en contacto con ciertos hombres de esperanza en quienes se había fijado, le rodearon a poco de tal respeto y consideración, y le atrajeron tantas voluntades decididas, que a mediados de 1838 creyó que había llegado ya el momento de dar principio a su obra; y aprovechando el día 16 de julio la ocasión de encontrarse reunido en casa de Juan Isidro Pérez, con motivo de las fiestas del Carmen, a ocho individuos de los más allegados a su persona, se resolvió no sólo a comunicarles la idea que hacía años venía agitando su cerebro, sino también a dejar instalada con ellos la célebre Sociedad Trinitaria que, tomando por divisa el lema sacrosanto de Dios, Patria y Libertad, debía trabajar sin descanso por llevar a cabo la Separación Dominicana.

Aumentando indefinidamente el número de miembros de la comunidad revolucionaria, que según el sistema adoptado para la propaganda, tenía que irse multiplicando por tres a medida que cada uno de los iniciados lograba hacer ingresar un nuevo prosélito, no tardó en penetrar la idea separatista en todos los círculos sociales, que poseídos del entusiasmo y de la actividad que de unos a otros se iban comunicando, cooperaron a la par a darle calor y vida, primero dentro de los muros de la capital y después fuera de ellos, por medio de obreros incansables que recogían la semilla trastornadora y la trasplantaban a larga distancia; operación continuada y laboriosa que no pudo interrumpir ni el trastorno que ocasionó uno de los nueve fundadores negándose abiertamente a ir a llevar la palabra de pase al Cibao, pues aunque este proceder originó un gran desconcierto y paralizó un tanto los trabajos, como ya la opinión había comenzado a formarse, al momento volvieron éstos a reanudarse y fructificar con más vigor que antes,

surgiendo entonces valerosa y atrevida la memorable Sociedad Filantrópica, que tantas ventajas sacó del teatro en beneficio de la causa dominicana.

Preparados estaban ya los pueblos de la parte Sur para lanzarse a la revolución con apoyo de los del Cibao, que habían sido iniciados en ella por Ramón Mella, cuando se le ocurrió a DUARTE la observación de que, siendo el gobierno de Boyer un poder fuerte y estable, no era prudente desafiarle sin precauciones, sobre todo rugiéndose como se rugía, que en la parte francesa se tramaba una gran conspiración, pues de salir cierta la noticia, era preferible aplazar la realización de los planes separatistas para después que la paz se hubiera turbado, y la división cundido entre los dominadores, operación a que le parecía cuerdo que los dominicanos contribuyesen apoyando con las armas en la mano, ya fuera el movimiento anunciado, o ya cualquiera otro que pudiera estallar del lado allá del Dajabón o del Pedernales.

Acogida con fervor la idea, tocó a Mella la arriesgada misión de ir a celebrar en Los Cayos el pacto de alianza con los Reformistas que impuso a los dominicanos el deber de secundar en la tarde del 24 de marzo el movimiento iniciado por Charles Herard en Prasilin; evolución atrevida por la cual ingresaron los separatistas a la vida política, con autoridad bastante para disputar al elemento haitiano en el terreno de la legalidad, no sólo el derecho de intervenir en los asuntos públicos, sino también en el de dar a las cosas en la parte española la marcha que exclusivamente conviniera a sus intereses bien entendidos; de aquí las luchas eleccionarias del ex convento dominico, en que DUARTE, Sánchez, Pérez y Pina, defendieron con calor las legítimas aspiraciones populares; de aquí las célebres manifestaciones escritas pidiendo el uso del idioma Castellano en todos los actos públicos; de aquí, en fin, la tendencia a rechazar como bastarda e ilegítima, toda influencia que radicara sus títulos en el apoyo del gobierno haitiano.

Ante una actitud tan resuelta e imponente temblaron

de miedo las autoridades constituidas, y llevando la alarma al seno del gobierno superior, contribuyeron a mantener al general Charles Herard firme en las tendencias absolutistas de que ya había comenzado a dar muestras en la parte francesa, ensayando una política completamente reaccionaria; novedad que comunicada a DUARTE por Ramón Mella, que había ido a reclamar del Dictador el cumplimiento de sus compromisos como revolucionario, le animó a invitar a todos los dominicanos de significación residentes en la capital, para una reunión que tuvo lugar en la Casa de los dos Cañones, y en la cual, poniendo de manifiesto el verdadero estado de las cosas, que por cierto no era muy halagüeño, los invitó a olvidar lo pasado en aras del bien público, y a unirse a él en el santo propósito de sacudir de una vez el yugo de la dominación haitiana, proclamando sin embozo la separación dominicana.

Las pasiones, sobreponiéndose en uno que otro personaje, a las razones de conveniencia social aducidas por DUARTE, desvirtuaron en gran manera el objeto de la reunión, que a la postre vino a dar resultados contraproducentes, pues lejos de armonizar las tendencias del elemento dominicano en general, haciéndolas converger a un mismo fin, predispuso a la minoría conservadora, que no teniendo fe en los futuros destinos del país, se asoció de lleno a los gobernantes en el sentido de contrariar las aspiraciones de los separatistas, hasta el extremo de dar lugar a que avisado el general Herard, que a la cabeza de un ejército respetable se encontraba ya en marcha sobre la parte española, del inmenso peligro que estaba corriendo su ocupación, apresurara su inesperado viaje, e inaugurara desde el Cibao la política de violencias y persecuciones que anunció con el encarcelamiento de Mella y las tropelías ejercidas en algunos sacerdotes venerables.

En presencia de hechos tan elocuentes, y no habiendo tiempo de preparar una resistencia eficaz, ni permitiéndolo tampoco las circunstancias, necesario fue que DUARTE se ocultara, junto con Sánchez, Pina y Pérez, antes de caer en

manos del jefe invasor, que según fundados temores, habría ahogado en su sangre la idea a que daba calor, y de cuyo triunfo estaba pendiente la familia dominicana para ver más claro el horizonte de su porvenir. Por fortuna que la causa nacional contaba ya con tantas simpatías, que abundaron individuos de ambos sexos en todas las esferas sociales, dispuestos a salvarle a todo trance; siendo digno de honorífica mención, entre otros rasgos del mismo género que podríamos citar, el muy significativo de que una haitiana de origen llamada Dolores Sterling, sabedora de que DUARTE se hallaba una noche en una casa amiga junto con sus compañeros, esperando a que se hiciera tarde para mudar de escondite, corrió a prevenirle que se cuidara mucho del teniente Ramón Mila, su marido, que desde enfrente estaba vigilándole asociado a otro dominicano, habiendo concluido aquella mujer generosa con coger un corcho para pintar al ilustre caudillo, mientras daba tiempo a que cansados de esperar se fueran los desalmados espías para La Fuerza, donde estaban acuartelados.

A favor de tan benévolas disposiciones por parte de la mayoría de la población, y con la activa cooperación de un puñado de patriotas decididos, entre los cuales figuran en primera línea Juan Alejandro Acosta, Teodoro Ariza y el comandante Juan Evertsz, jefe del puerto, sin cuya anuencia no hubiera podido hacerse nada, logró DUARTE embarcarse para el extranjero en unión de los otros prófugos, con excepción de Sánchez que por motivo de enfermedad hubo de quedarse; incidente en cierto modo providencial, pues habiendo circulado como cosa segura entre los enemigos la noticia de que se había muerto y lo habían enterrado clandestinamente en el patio del Carmen, rumor que por consejos del presbítero Gaspar Hernández se empeñaron los patriotas en confirmar, pudo reunir de nuevo los elementos revolucionarios dispersos, y reanudar los trabajos interrumpidos a la llegada del general Herard, instalando el club revolucionario llamado a dar la última mano al plan separatista para llevarlo al terreno de la práctica.

Enterado DUARTE de este noble proceder por comunicaciones especiales dirigidas por intermedio de su hermano Vicente Celestino, continuó entendiéndose por el mismo órgano con el centro revolucionario presidido por Sánchez, desde la ciudad de Caracas, capital de Venezuela, donde residió algunos meses; pero cuando obedeciendo a una combinación muy bien madurada, se trasladó a Curazao con Pina y Pérez, a esperar que le indicaran la fecha en que podía presentarse, trayendo como señal un gallardete blanco en el palo mayor de la nave que lo condujera frente al puerto de Juandolio, en que debía esperarlo don Juan Ramírez con quinientos hombres, le sorprendió la llegada de un buque desconocido, que desde antes de fondear llenó de alegría su alma con el anuncio de que la existencia de la República Dominicana era ya un hecho, pues se presentaba nada menos que engalanado con la bandera de la cruz, creación de sus ensueños de patriota que, como síntesis de la idea separatista garantiza a las naciones en contraposición al exclusivismo de la política haitiana, la unión de todas las razas por los vínculos de la civilización y del cristianismo.

Pero su entusiasmo subió de punto rayando en delirio, cuando al subir a bordo en pos de noticias detalladas, se encontró con una comisión numerosa, compuesta de patriotas decididos y jóvenes ardientes, que en nombre del héroe del 27 de febrero iba a buscarle, llevándole explicaciones satisfactorias acerca de los motivos que le habían decidido a adelantar el pronunciamiento; motivos tanto más poderosos, cuanto que nacieron de la necesidad de extirpar en su origen la siniestra propaganda que en favor del plan Levasseur llegaron haciendo los representantes de la parte española que asistieron a la Asamblea de Puerto Príncipe, no menos que de la conveniencia de aprovechar el regreso de los dos regimientos de la capital que se había llevado el general Charles Herard como en rehenes, y el relevo de las tropas haitianas que estaban de guarnición en varios puntos.

Satisfecho el discreto caudillo de ver triunfante su

acariciada idea, mucho más habiéndole tocado a uno de sus adeptos la gloria de realizarla, que nunca en sus relaciones con ellos obedeció a miras egoístas, y más que en su propio bienestar pensó siempre en el bienestar de sus conciudadanos; atendió reverente al cordial llamamiento que se le hacía embarcándose inmediatamente para la patria, donde recibió la ovación popular más espontánea de que haya podido ser objeto dominicano alguno, ovación sublime a que contribuyó la Junta Central Gubernativa proclamándole general de brigada, y señalándole en su seno el asiento que le daban derecho a ocupar su reconocida ilustración y su acendrado patriotismo. Y nada más natural, pues quien había tenido talento y maestría bastantes para sacar de la nada una nacionalidad llena de esperanzas, no podía carecer de luces para dirigirla, ni de dotes para organizarla. Pero para eso habría sido necesario que los dominicanos, olvidando sus pasadas divergencias, hubieran hecho en interés de la felicidad común el sacrificio de sus rencores, lo que desgraciadamente no sucedió, pues sin que fuera causa de amedrentarlos la actitud amenazante en que se mantenían los haitianos, permitieron que las pasiones se sobrepusieran a la conveniencia y a la razón, y lo que es peor, amontonaron inconvenientes que embarazaron el naciente estado de su libre marcha hacia la conquista de un venturoso porvenir.

Rodeado Santana desde el Seibo de elementos en su mayor parte contrarios a la creación de la nacionalidad dominicana en la forma que había triunfado, no sólo permitió que en el afán que desde muy temprano demostraron de dividir para reinar, le afearon el comienzo de su carrera pública con un acto de insubordinación a los sagrados compromisos hechos antes del pronunciamiento, aclamándole tumultuosamente general de brigada, como lo hicieron en oposición a las miras de Sánchez, que reservaba ese honor para DUARTE; sino que después provocó otro conflicto de consecuencias más trascendentales, abandonando primero durante la noche la plaza de Azua, en que había

triunfado del enemigo por la mañana, y replegándose después con el ejército desde Sabana Buey hasta Baní, así que tuvo noticias de la toma de posesión por los invasores del campo abandonado: operación injustificable que no pudo merecer la aprobación del gobierno, sobre todo cuando la distinta manera de obrar del general Imbert en el Cibao, que con menos recursos de los que había en Azua defendió a Santiago, y haciéndose firme en sus atrincheramientos impuso al enemigo la retirada persiguiéndolo hasta las fronteras, vino a poner de manifiesto toda la gravedad de la falta cometida y el peligro de sus funestos resultados.

De aquí el odioso origen de las discordias civiles que desde la mañana de su vida comenzaron a empañar las glorias de la patria, pues aprovechándose los antagonistas del nuevo régimen, del enfriamiento que en las relaciones entre Santana y el mayor número de los miembros de la Junta produjo el fatal incidente a que nos referimos, se dieron cita para el cantón de Baní, y formando alrededor del ofuscado jefe una atmósfera terrible en que no se respiraba sino odio y desconfianza, le convirtieron en instrumento de sus pasiones despertándole la ambición de mando que hubo de acompañarle hasta la tumba. Aconsejado por ella se declaró en abierta hostilidad contra el gobierno, cuya conducta censuraba duramente en presencia del ejército, atribuyendo a su apatía las escaseces inherentes al estado embrionario de las cosas, y suponiéndole miras aviesas respecto del sostenimiento de la independencia. Con este sistema y el no menos reprochable que puso en juego al elevar en grados, sin autorización para ello, a todo el que se le mostraba adicto a su persona, se atrajo la buena voluntad de las tropas bajo su mando y aseguró su incondicional fidelidad.

Orientada la Junta Central de la actitud de Santana por comunicaciones confidenciales del coronel Manuel Leguisamon, se dio a discurrir sobre la manera de conjurar las dificultades que de ella se pudieran derivar, y suponiendo que la presencia de DUARTE bastaría para restablecer, con el orden y la disciplina, el prestigio de su autoridad, le

confió la arriesgada misión, invistiéndole del carácter de delegado.

Empero cuando llegó a Baní ya era tarde, porque dueño el vencedor de Azua del ejército, a más de hacer burla de su autoridad inventando falsas alarmas que le obligaron a tomar precauciones personales justificadas por los sucesos posteriores, le presentó inconvenientes de tanta monta que para vencerlos habría tenido que ensayar medios violentos que habrían anegado en sangre el campamento, y el hombre que no había temido desafiar el furor de los haitianos durante seis años de labor revolucionaria, en los cuales corrió todos los peligros y se expuso a todas las contingencias, no se atrevió a promover una asonada escandalosa para dirimir cuestiones de mando, y prefirió volver a la capital a dar cuenta del verdadero estado de las cosas.

Alarmada la Junta, que estaba ya compacta en ideas y propósitos, habiendo expulsado de su seno los elementos inclinados a la reacción, pensó buscar equilibrio para la paz pública en la fidelidad del Cibao al orden legal establecido, y con ese motivo mandó al general DUARTE, investido con el carácter de representante suyo en aquel departamento. La entusiasta acogida que todos los pueblos del tránsito dispensaron al caudillo de la Separación, engañando al general Mella que hubo de confiar demasiado en la opinión pública, le animó a buscar en su aclamación como presidente de la República, el medio más a propósito para estorbar los trabajos reaccionarios de Santana. Acogida con fervor la idea por todos los jefes cibaños, con excepción del general Salcedo que la recibió con frialdad, no tardó en realizarse con muestras de verdadero regocijo y de general aceptación. Empero, habiendo coincidido este acto con la entrada de Santana en la capital y su proclamación como jefe Supremo de la República, se vio ésta abocada a un gran conflicto de jurisdicción, que era indispensable conjurar so pena de ver en peligro la independencia nacional.

Con este motivo pasó a Santiago el Presbítero Dr. Manuel González de Regalado y Muñoz, acompañado del general López Villanueva e induciendo al general Mella a celebrar una junta de notabilidades políticas y sociales, puso a discusión el punto de la controversia, y después de cuerdas reflexiones sobre la necesidad de arbitrar un temperamento conciliatorio a fin de que una parte no apareciera desairando a la otra, ni mucho menos imponiéndosele, se resolvió por mayoría absoluta de votos, mandar a Santo Domingo una comisión encargada de promover un entendido que tuviera por base la renuncia momentánea de los dos prohombres que se hallaban enfrentados, a condición de ser propuestos al pueblo indistintamente como candidatos para la presidencia y la vice-presidencia de la República, debiendo considerarse el fallo de la nación como irrevocable.

Aceptadas por DUARTE, que se hallaba presente, las estipulaciones convenidas, se apersonó el general Mella para presidir la comisión, en la que figuraron el general José María Imbert, el coronel Miguel Rojas, y los tenientes coroneles Vidal Pichardo y Vallón Simón, quienes animados por el deseo de prestar ese nuevo servicio a la patria se pusieron inmediatamente en camino, no sin haber aconsejado antes al general DUARTE que esperara en Puerto Plata el desenlace de las cosas.

Y cuenta que fue leal este consejo, porque comprometido de antemano el general Salcedo a apoyar a Santana en sus pretensiones, más tardó en verse solo en Santiago que en promover en las filas del ejército un pronunciamiento desconociendo la autoridad de DUARTE y prestando obediencia al gobierno presidido por Santana en la Capital, hecho que acogido a la sombra de su influencia en todos los pueblos del Cibao, se abrió campo también en Puerto Plata, donde una salva de veintiún cañonazos hecha en el Fuerte, fue el primer aviso que tuvo DUARTE de la evolución efectuada, ante la cual no le quedó otro recurso que el de prestarse a las exigencias de algunos amigos que le

estimularon a retirarse por vía de precaución a una casa de campo situada en las faldas de Isabel de Torres; pero mal acogida la comisión en Santo Domingo, hasta el extremo de haber recibido Mella serios ultrajes en la Puerta del Conde, no tardó en llegar la goleta de guerra *Separación Dominicana* con orden terminante de Santana para que le redujeran a prisión, orden que fue cumplida al pie de la letra embarcándole bajo segura escolta en el mismo buque, a las inmediatas órdenes del coronel Juan Bautista Cambiaso.

Desde la Torre del Homenaje, donde fue encarcelado, presencié la farsa ridícula en que esbirros asalariados hicieron aparecer al pueblo pidiendo la cabeza del iniciador de su independencia, y al ejército la del más ilustrado de sus generales, augurio fatal de la serie de crímenes que en nombre de entidades morales tan respetables se disponían a realizar en no lejano porvenir. Pero por fortuna no se había resuelto Santana todavía a aceptar la triste gloria de iniciar el patíbulo en una nacionalidad recién nacida, y se conformó con dictar a la Junta Central Gubernativa una sentencia insólita, en la que a renglón seguido de algunas falsedades y calumnias, imponía a DUARTE, Sánchez, Mella, Pina, Pérez y otros patriotas, la pena de destierro perpetuo y la deposición de los empleos y honores con que habían sido recompensados sus servicios. En cumplimiento de dicha sentencia fue embarcado DUARTE para Hamburgo, desde donde regresó a América por vía de Santomas, resuelto a retirarse a la vida privada en Venezuela, sin servir de estorbo a la marcha de su país, ni prestar su nombre para bandera de aonadas y revueltas.

Dedicado al comercio en las costas orientales de aquella república, fue alejándose poco a poco, hasta que internándose por el Orinoco y por el Río Negro llegó a los confines del Brasil, donde se perdieron las huellas de su itinerario hasta para los miembros de su propia familia, que ignorando por completo su paradero por espacio de veinte años, llegaron a tenerle por muerto y a renunciar a la esperanza de poseer sus restos. Empero la noticia de que

habiendo sido anexada su patria a la monarquía española, luchaba con heroica gallardía por restaurar su independencia, le sacó repentinamente de su misterioso retiro, resuelto a dar una nueva prueba de su acrisolado amor a la nacionalidad que en los ensueños de su juventud había concebido. Verdad es que encontrándose acabado por la edad, falto de salud, con el espíritu abatido por la miseria y la razón desconcertada por los desengaños, poco concurso podía prestar a la causa nacional; pero le quedaba todavía el rico tesoro de un nombre puro y de una reputación política libre de manchas, y ese tesoro lo puso a su servicio en el Cibao.

Ofuscados los hombres de la Restauración por las dificultades que a cada paso presentaban las pasiones en el interior, no menos que por los peligros exteriores de que estaban rodeados, no advirtieron todas las ventajas que en favor de su obra habrían podido sacar de la permanencia del caudillo de la Separación en el país; y aunque reverentes y cortesmente aceptaron los grados militares que había dado en Curazao, y le dispensaron una buena acogida, no le emplearon sino en una comisión diplomática que le obligó a volverse al extranjero. No habiendo ésta dado resultados satisfactorios se retiró a la ciudad de Caracas, donde unido a su familia pasó el resto de sus días, lleno de privaciones y agobiado por el peso de una enfermedad aguda que le llevó a mejor vida el 15 de julio de 1876, época en que envuelta la patria en una situación difícil y lastimosa, no pudo dedicarle ni una lágrima.

Hoy que la paz de que disfruta la República da tiempo para pensar en la reparación de las injusticias y en la recompensa de los méritos y servicios de aquellos hombres que supieron sacrificarse por el bienestar del pueblo, éste ha querido espontáneamente celebrar el cuadragésimo aniversario de la independencia con la apoteosis del egregio caudillo de la idea separatista. Bendito sea tan noble propósito!

¡Y plegue al cielo que inspirándose en él las generaciones venideras, se sientan cada vez más estimuladas a

conservar con el mismo amor que las cenizas venerandas del héroe, el precioso resultado de los trabajos en que agotó su bienestar y su fortuna: la independencia nacional!

NOTA:

*Este trabajo del ilustre historiador José Gabriel García fue publicado originalmente en la "Revista Científica", Santo Domingo, el 25 de febrero de 1884, y modificado, con posterioridad, por su autor. Ese último texto es el que se reproduce aquí.*